

me una...—dijo aquel generoso joven para distraer el pesar de Felicidad.

Pero no pudo acabar, porque ella le cortó la palabra, diciéndole:

—Tiene usted razón; es preciso, ante todo, ser fiel á su palabra. Ayer era demasiado tarde; pero hoy me parece que tendremos tiempo sobrado—añadió con tono amargo al par que risueño.—Para cumplir mi promesa, voy á colocarme de modo que pueda ver el camino que conduce á la costa.

Calixto colocó en aquella dirección un gran sofá gótico y abrió el balcón. Camilo Maupín, que participaba del gusto oriental del ilustre escritor de su sexo, se levantó á coger una pipa turca que le había regalado un embajador, cargó la chimenea de pachulí, limpió el *bochetti*, perfumó el tubo de pluma que adaptaba á la pipa y que sólo servía para una vez, prendió fuego á las hojas amarillas, colocó á algunos pasos de ella el vaso de largo cuello esmaltado de este hermoso instrumento de placer y llamó para pedir el té.

—¿Quiere usted cigarrillos? ¡Ah! siempre olvido que no fuma. ¡Es tan rara una pureza como la suya! Me parece que para acariciar el satinado bello de sus mejillas de usted, es necesaria la mano de una Eva salida de las manos de Dios.

Calixto se ruborizó y tomó asiento en un taburete; pero no se apercibió de la profunda emoción que hizo colorear el rostro de Camilo.

—La persona de quien recibí carta ayer, y que, sin duda, estará aquí mañana, es la marquesa de Rochefide—dijo Felicidad.—Después de haber casado á su hija mayor con un gran señor portugués establecido para siempre en Francia, el anciano Rochefide, cuya casa no es tan antigua como la de usted, quiso emparentar á su hijo con la antigua nobleza, á fin de poder lograr para él la dignidad de par que el mismo no había podido obtener. La duquesa de Montcornet le indicó en el departamento del Orne á una señorita llamada Beatriz Maximiliana Rosa de Casterán, hija menor del marqués de Casterán, que quería casar sin dote á sus dos hijas á fin de reservar toda su fortuna para el conde de Casterán, su hijo. Al parecer, los Casterán son de la costa de Adám. Beatriz, nacida y educada en el castillo de Casterán, tenía á la sazón unos veinte años (el casamiento se hizo en 1828), y llamaba la atención por lo que ustedes los provincianos llaman *originalidad*, y que no es más que cierta

superioridad en las ideas, un poco de exaltación, un gran sentimiento de lo bello y un gran apasionamiento por las obras de arte. Puede usted creer que no hay nada más peligroso para una mujer que seguir estas pendientes, toda vez que por ellas se llega adonde usted me ve y adonde llegó la marquesa... á un abismo. Los hombres son los únicos que poseen el bastón con que se puede una sostener á lo largo de esos precipicios, y la fuerza de que nosotras carecemos y que nos convierte en monstruos cuando la poseemos. Su anciana abuela, la noble viuda de Casterán, vió con placer que su nieta se casaba con un hombre que le era inferior en nobleza y en ideas. Los Rochefide hicieron perfectamente las cosas, y Beatriz no tuvo más que dejarles obrar. Asimismo, los Rochefide debieron quedar satisfechos de los Casterán, los cuales, emparentados con los Verneuil, con los de Esgrignon y con los Troisville, obtuvieron la dignidad de par para su yerno en aquella última gran hornada de pares que hizo Carlos X, y cuya anulación fué decretada por la revolución de julio. Rochefide es bastante estúpido; sin embargo, empezó por tener un hijo, y, como cometió la torpeza de fastidiar á su mujer, cesaron de tener vástagos. Los primeros días del matrimonio son un verdadero escollo para los espíritus pequeños y para los grandes amores. En su calidad de estúpido, Rochefide tomó la ignorancia de su mujer por frialdad, clasificó á Beatriz entre las mujeres línfáticas y frías, porque es rubia, y se fundó en esto para creerse en la más completa seguridad y para vivir como soltero, confiando en la pretendida frialdad y orgullo de la marquesa y en su manera grandiosa de vivir, que rodea con mil barreras á una mujer en París. Ya comprenderá estas palabras cuando visite usted esta gran ciudad. Los que contaban aprovecharse de la tranquila indiferencia del marido, le decían: «¡Qué feliz es usted! Tiene usted una mujer fría, que sólo tendrá pasiones de cabeza, que está satisfecha con su brillo, y cuyos caprichos son puramente artísticos; todos sus deseos quedarán satisfechos si logra formarse un salón donde se reúnan todos los talentos y donde pueda dar veladas musicales y literarias.» Y el marido se tragaba todas estas paparruchas con que en París se acostumbra á embaucar á los necios. Sin embargo, Rochefide no es un tonto ordinario: tiene tanta vanidad y orgullo como un hombre de talento; con la diferencia única de que las gentes de talento

afectan modestia y acarician al público para ser acariciadas, mientras que Rochefide tiene un amor propio exagerado, que se ve á mil leguas de distancia. Su vanidad se revuelca en la cuadra y se alimenta en el pesebre. Posee esos defectos, que sólo conocen las gentes capaces de juzgarlos en la intimidad y que sólo afectan á la vida privada, mientras que en el mundo y para el mundo, el sujeto de los mismos parece ser encantador. Rochefide debía ser insoportable tan pronto como él creyese amenazado su hogar, pues posee esos celos ciegos y mezquinos que son cobardes durante seis meses y que asesinan al séptimo. El marqués creía engañar á su mujer y la temía el día en que se apercibía de que la marquesa le hacía la caridad de mostrarse indiferente á sus infidelidades. Le hago á usted la descripción de este carácter á fin de explicarle la conducta de Beatriz. La marquesa siente por mí una gran admiración; pero de la admiración á la envidia no hay más que un paso. Yo tengo uno de los salones más notables de París, y como ella deseaba formarse otro, procuraba sacarme la gente de casa. Como yo no sé conservar á mi lado á los que desean abandonarme, la marquesa recibió en su casa á aquellas gentes superficiales que son amigas de todo el mundo por ociosidad y cuyo objeto es dejar de ir á una casa una vez que han entrado en ella; pero no tuvo tiempo para rodearse de una verdadera sociedad. En aquella época, me pareció que la devoraba el deseo de hacerse célebre por cualquier concepto. He de decirle á usted que Beatriz posee un alma grande, un orgullo regio, una facilidad maravillosa para concebirlo y comprenderlo todo, y habla lo mismo de metafísica y de música, que de teología y pintura. Usted la verá mujer, como nosotros la hemos visto recién casada; pero hay en ella un tanto de afectación: dice saber las cosas difíciles, el chino y el hebreo, é interpretar los jeroglíficos ó poder explicar los papiros que rodean á las momias. Beatriz es una de esas rubias á cuyo lado la rubia Eva parecería una negra. Es delgada y recta como un cono, y blanca como una hostia; tiene una cara larga y angulosa, y una tez bastante variable: hoy color de percal y mañana morena y llena de mil pecas, como si la sangre se hubiese detenido en ciertos puntos durante la noche; su frente es magnífica, pero un tanto audaz; sus pupilas son de color verde marino y nadan en el blanco de sus ojos bajo débiles pestañas y perezosos párpados. Generalmente está ojerosa.

Su nariz, que describe un cuarto de círculo, denota una gran astucia, pero es impertinente. Tiene la boca austriaca, y el labio superior más grueso que el inferior, el cual cae de una manera desdeñosa. Sus pálidas mejillas sólo se colorean á impulsos de una emoción muy viva. Su barba es bastante gruesa, y como la mía tampoco es delgada, sin duda hago mal en decirle á usted que las mujeres de barba gruesa son exigentes en amor. Posee una de las estaturas más hermosas que he visto en mi vida, y sus hombros y espalda, de brillante blancura, que eran antes secos, dicen que se han llenado y desarrollado hoy; pero los pechos no han sido tan felices como la espalda y los hombros, y los brazos se han quedado un tanto delgados. Por otra parte, su actitud y modales desenvueltos, disimulan sus defectos y ponen admirablemente de relieve sus bellezas. La naturaleza la ha dotado de ese aire de princesa que no se adquiere, que revela á la mujer noble, y que está en armonía, por lo demás, con unas caderas poco salientes, pero de delicioso contorno, con el pie más bonito del mundo, y con esa abundante cabellera de ángel, que tanto cultivó el pincel de Girodet y que parece una reunión de haces luminosos. Sin ser irreplicablemente hermosa ni bonita, produce, cuando quiere, imborrables impresiones, y no tiene más que vestirse de terciopelo color cereza con bullones de encajes, para estar divina. Si por una circunstancia cualquiera pudiese Beatriz ponerse el traje del tiempo en que las mujeres llevaban justillo con jubón de brocado de mil pliegues, y en que ocultaban sus brazos en mangas perdidas rodeadas de encaje, de donde salía la mano como del pistilo de un cáliz, Beatriz lucharía ventajosamente con las bellezas ideales que ha visto usted vestidas de ese modo.

Mientras hablaba así, Felicidad enseñaba á Calixto una hermosa copia del cuadro de Mieris, donde se ve una mujer vestida de satín blanco, de pie, con un papel en la mano y cantando con un señor brabantón, mientras que un negro llena una copa de vino de España y una anciana arregla unos bizcochos en la bandeja.

—Las rubias—continuó Felicidad—tienen la ventaja de su preciosa diversidad sobre nosotras las morenas: hay cien maneras de ser rubia y sólo hay una de ser morena. Las rubias son más mujeres que nosotras. Las morenas francesas nos parecemos demasiado á los hombres. ¡Bueno! por el re-

trato que le hago ahora de Beatriz, no vaya usted á enamorarse de ella, como le ocurrió á no sé qué príncipe de las *Mil y una noches*. Pero, ¡pobre hijo mío! También aquí habrías llegado demasiado tarde. Sin embargo, consuélate, porque ésta se entrega á cualquiera.

Estas palabras fueron dichas con intención. La admiración pintada en el rostro del joven estaba más excitada por la pintura que por el pintor cuyo trabajo no lograba el objeto apetecido.

—A pesar de ser rubia—continuó Felicidad,—Beatriz no tiene la finura de las rubias; sus líneas son severas, es elegante y dura, y su alma parece encerrar ardores meridionales. Es un ángel que arde y se consume. Sus ojos parecen tener sed. Lo que mejor tiene es el frente, porque de perfil, su cara parece haber sido cogida entre dos puertas. Ya verá usted como no le engaño. He aquí ahora cómo nos hicimos amigos. Durante tres años, ó sea desde 1828 á 1831, Beatriz, gozando de las últimas fiestas de la Restauración, frecuentando los salones y la corte, asistiendo á los bailes de trajes del Elíseo Borbón, juzgaba á los hombres, las cosas, los acontecimientos y la vida con toda la elevación de su pensamiento, y su mente estuvo, por lo tanto, ocupada en algo. Este primer momento de aturdimiento, causado por el mundo, impidió despertar su corazón, contribuyendo á ello también los primeros achaques del matrimonio: el hijo, los partos y todo ese tráfico de maternidad que tanto me desagrada. Desde este punto de vista, confieso que no tengo nada de mujer. Los hijos me resultan insoportables, presintiendo que sólo dan constantes penas é inquietudes. Por esta razón me parecía á mí que uno de los grandes beneficios de la sociedad moderna, beneficios de que hemos sido privadas por ese hipócrita de Juan Jacobo Rousseau, estriba en el hecho de dejarnos en completa libertad de ser ó no ser madres. Aunque no soy la única en pensar de este modo, soy la única que lo digo. De 1830 á 1831, Beatriz fué á pasar la época tormentosa á la tierra de su marido, y se aburríó allí como un santo en su silla del cielo. A su vuelta á París, la marquesa juzgó, sin duda, con exactitud que la revolución, que era en apariencia puramente política para algunas gentes, iba á ser una revolución moral. Como la clase á que ella pertenecía no hubiese podido reconstituirse durante el triunfo inesperado de los quince años de la Restau-

ración, era de suponer que cayese bajo los golpes del ariete manejado por la burguesía. Beatriz había oído aquella gran frase del señor Lainé: «¡Los reyes se van!» y esta opinión creo yo que no dejó de influir en su conducta, pues la marquesa tomó parte intelectual en las nuevas doctrinas que cundieron durante tres años, después de julio, como moscardones al sol, y que extraviaron á varias cabezas hembras; pero aunque encontraba magníficas aquellas novedades, quiso, como todos los nobles, salvar á la nobleza. No viendo ya plaza para las superioridades personales, y viendo que la alta nobleza volvía á empezar la oposición muda que había hecho á Napoleón, prefirió la dicha á aquel mutismo. Cuando nosotros pudimos ya respirar un poco, la marquesa encontró en mi casa al hombre con quien creí yo acabar mis días, á Jenaro Conti, gran compositor, de origen italiano, pero nacido en Marsella. Aunque no figure en primera línea, Conti tiene mucha gracia y mucho talento como compositor, tanto, que si no hubiese sido por Meyerbeer y Rossini, acaso hubiera pasado por hombre de genio, pues tiene sobre ellos la ventaja de que es en música vocal lo que Paganini en el violín, lo que Liszt en el piano, lo que Taglioni en la danza y lo que era, en fin, el famoso Garat. Aquello no es una voz, amigo mío, es un alma. Cuando aquel canto responde á ciertas ideas, á situaciones difíciles de describir, y en las cuales se encuentra á veces una mujer, ésta está perdida oyendo á Jenaro. La marquesa concibió por él una pasión loca, y me lo quitó. El rasgo es excesivamente provinciano, pero de buena guerra. Beatriz conquistó mi estimación y mi amistad por la manera como tuvo de obrar conmigo. Yo le parecía mujer capaz de defender mi bien, y ella no sabía que para mí la cosa más ridícula que hay en esta posición es el objeto mismo de la lucha. Al verse enamorada aquella mujer tan orgullosa, vino á mi casa, me comunicó su secreto y me constituyó en árbitra de su destino: estuvo adorable, y á mis ojos siguió siendo mujer y marquesa. He de advertirle á usted, amigo mío, que las mujeres son casi siempre malas, pero que tienen á veces grandezas que jamás sabrán los hombres apreciar. Como yo puedo hacer ya mi testamento de mujer al borde de la vejez que me espera, diré á usted que yo era fiel á Conti, que lo hubiese sido hasta la muerte, y que, sin embargo, conocía que posee una encantadora naturaleza en apariencia, pero detestable en el fondo. Este

hombre es charlatán é hipócrita en sus sentimientos. Hay hombres, como Nathán, de quien ya le he hablado á usted, que son farsantes en sus palabras, pero que en el fondo no dejan de tener buena fe. Esta clase de hombres se engañan á sí mismos. Montados sobre los zancos de su popularidad, se engríen; llegan á creer que su altura es natural, y hacen truhanerías con una especie de inocencia; tienen la vanidad en la masa de la sangre; han nacido comediantes y fanfarrones, y son capaces de reirse de sí propios. Por lo demás, no dejan de ser generosos, y, como el brillo de los vestidos regios de Murat, atraen hacia sí el peligro. Pero la falsía de Conti no será nunca conocida más que por su querida. En su arte posee la célebre envidia italiana que llevó á Carlona á asesinar á Piola, y que valió un estiletazo á Paesiello. Esta envidia terrible se esconde bajo la más graciosa amabilidad. Conti no tiene el valor de ostentar su vicio, y sonríe á Meyerbeer y le halaga, cuando quisiera verle muerto. Comprende su debilidad y aparenta fuerza, y su vanidad, por otra parte, le hace fingir los sentimientos más ajenos á su corazón. Se las echa de artista que recibe sus inspiraciones del cielo, cree que el arte es algo santo y sagrado, resulta sublime en sus burlas del mundo y posee una elocuencia que parece denotar una profunda convicción. Ese hombre es un vidente, un demonio, un dios, un ángel. En fin, Calixto, aunque está usted prevenido, ya verá como ese hombre le engañará. Ese hombre meridional, ese artista ardiente, es frío como el mármol. Escúchele usted: *el artista es un misionero y el arte es una religión que tiene sus sacerdotes y debe tener sus mártires*. Cuando empieza á hablar, Jenaro emplea el estilo enfático más exagerado que jamás haya podido emplear hombre alguno. Admirará usted sus convicciones, y, sin embargo, él no cree en nada. Elevándole al cielo con un canto que parece misterioso y que destila amor, le dirigirá una mirada extática para contemplar la admiración de usted y preguntarse: «¿Seré yo acaso un dios para ellos?» y casi al mismo tiempo se dice para sus adentros: «No, he comido demasiados macarrones». Cuando se cree usted amado por él, resulta que le odia sin que usted pueda saber por qué; pero yo, por mi parte, lo sabía: había visto el día anterior á una mujer, la amaba por capricho y me insultaba, dispensándome un falso amor y caricias hipócritas y haciéndome pagar cara su forzada fidelidad. Finalmente, no se ve nunca saciado de

aplausos; lo imita todo y se burla de todo; finge lo mismo el dolor que la alegría, y lo logra admirablemente. Es agradable; le quieren y puede ser admirado cuando le place. Cuando yo le dejé, odiaba su propia voz, que le había proporcionado más éxitos que su talento de compositor, pues prefiere ser hombre de genio, como Rossini, á ser un artista de la fuerza de Rubini. Yo había cometido la falta de unirme á él, y estaba resignada á adornar aquel ídolo hasta el fin. Conti, como muchos artistas, es sensual, cómodo, presumido, y yo halagaba todas sus pasiones y amaba aquella naturaleza débil y astuta. Era envidiado, y, sin embargo, mis sonrisas iban á veces impregnadas de piedad. Yo estimaba su valor, pues es valiente, y, según dicen, la valentía es la única virtud que no puede fingirse. En cierta ocasión, yendo de viaje, le puse á prueba, y vi que no tuvo inconveniente en arriesgar una vida que tanto ama; sin embargo, en París, ¡cosa rara! le vi cometer lo que yo llamo cobardías de pensamiento. Amigo mío, como yo sabía todas estas cosas, le dije á la pobre marquesa:

«—No sabe usted en qué laberinto se mete. Usted es el Perseo de una pobre Andrómeda. Si él la ama, tanto mejor, pero me temo mucho que se engañe usted, porque ese hombre sólo se ama á sí propio.»

—Jenaro —continuó Felicidad— se sintió extraordinariamente halagado en su amor propio. Como yo no era marquesa ni Casterán, fui olvidada en un solo día; pero quise proporcionarme el triste placer de estudiar á fondo aquella naturaleza. Aunque ya conocía el desenlace, quise ver cómo se las compondría Conti. Querido mío, en una semana presencié en aquel hombre sentimientos verdaderamente horribles é infames subterfugios. No quiero decirle á usted nada más de él, porque ya lo verá usted aquí. Únicamente le diré que, como sabe que yo le conozco, hoy me odia, y si pudiese asesinarme sin que nadie lo supiese, yo no viviría un segundo. Yo nunca le he dicho una palabra á Beatriz, y el último y constante insulto de Jenaro consiste en creer que soy capaz de comunicar mi triste saber á la marquesa; pues como él no tiene buenos sentimientos, cree que todo el mundo carece de ellos. Conmigo sigue fingiendo aún que se considera desgraciado por haberse separado de mí. Para él toda mujer es una virgen, y es preciso vivir mucho tiempo con él para descubrir su falsa buena fe

y el estilete invisible de sus burlas. Su aire convencido engaña al mismo Dios; de modo, que será usted engañado por sus maneras astutas, y no creará usted nunca en los profundos y rápidos cálculos de sus pensamientos íntimos. Pero dejémosle; yo he sabido llevar mi indiferencia hasta el punto de recibirle en mi casa, y esta circunstancia ha contribuido á que el mundo más perspicaz no se haya dado cuenta de esta intriga. Aunque Jenaro estuviese ebrio de orgullo, necesitaba, sin duda, acreditarse ante Beatriz, y supo disimular admirablemente los lazos que les unían, lo cual no dejó de sorprenderme, pues yo esperaba verle haciendo algo para hacer pública su dicha. Pero no ocurrió así, pues la marquesa fué la que se comprometió, después de un año de dicha, sometida á todas las vicisitudes y á todos los azares de la vida parisiense. He aquí cómo: hacía varios días que no había visto á Jenaro, y yo había invitado á éste á comer á mi casa, adonde ella debía venir también por la noche. Rochefide no sospechaba nada de todo esto; pero Beatriz conocía tan bien á su marido, que, según me había dicho ella varias veces, hubiera preferido las más grandes miserias, á la vida que le esperaba al lado del marqués, en el caso de que éste tuviera derecho á despreciarla ó á atormentarla. Yo había escogido el día de la velada de nuestra amiga la condesa de Montcornet. Después de haber visto que servían el café á su marido, Beatriz le dejó para ir á vestirse, á pesar de que no empezaba nunca su tocado tan temprano.

«—Aun no ha venido su peluquero — le advirtió Rochefide cuando supo la causa de la ausencia de su mujer.

»—Teresa me peinará—respondió ésta.

»—Pero ¿adónde va usted? Supongo que no irá á las ocho á casa de la señora de Montcornet.

»—No—contestó la marquesa,—pero oiré el primer acto en los Italianos.

»El preguntón baile del *Hurón*, de Voltaire, es un mudo comparado con los maridos ociosos. Beatriz huyó para no sufrir más preguntas, y no oyó que su marido le decía: «Pues bien, iremos juntos». El marqués pronunció estas palabras sin malicia; pues, á pesar de la libertad de que gozaba su mujer, no tenía sospecha alguna de ella. Por otra parte, la conducta de Beatriz no daba motivos de reprobación á la más severa crítica. El marqués contaba ir no sé adónde, sin duda á casa de su querida, y como se había vestido an-

tes de comer, no le quedaba más que tomar los guantes y el sombrero, cuando oyó rodar el coche de su mujer en el patio, entrándole entonces ganas de pasar á la habitación de aquélla, la cual, llena de asombro al verle y dispuesta ya para salir, le preguntó:

»—¿Adónde va usted?

»—¿No le he dicho que la acompañaría á usted á los Italianos?

»La marquesa reprimió las muestras exteriores de su violenta contrariedad, pero sus mejillas se cubrieron de carmín, cual si se hubiese dado colorete, y acabó por decir:

»—Pues bien, vamos.

»Rochefide la siguió, sin echar de ver la emoción que denotaba la voz de su mujer, la cual marchaba devorando la cólera más concentrada.

»—¡A los Italianos!—dijo el marido.

»—No, á casa de la señorita de Touches—exclamó Beatriz.—Tengo que decirle dos palabras—repuso una vez que la portezuela estuvo cerrada.

»El coche echó á andar.

»—Si quiere usted — repuso Beatriz, — le acompañaré primero á los Italianos, y luego me iré sola á casa de ella.

»—No—respondió el marqués,—no son más que las siete y media, y si sólo tiene usted que decirle dos palabras, esperaré dentro del coche.

»Si Beatriz hubiese dicho á su marido: «Váyase usted á los Italianos y déjeme sola», éste habría seguramente obedecido; pero como mujer de talento, sintiéndose culpable, temió despertar sus sospechas, y se resignó. Cuando quiso salir de los Italianos para venir á mi casa, su marido la acompañó, y entrando en mi salón, roja de cólera y de impaciencia, se dirigió á mí y me dijo al oído con el aire más tranquilo del mundo:

»—Felicidad querida, mañana por la noche partiré con Conti para Italia, y le ruego que le diga que haga los preparativos de viaje, y que me espere aquí con un coche y un pasaporte.

»Y dicho esto, partió con su esposo. Las pasiones violentas quieren libertad á toda costa, y como Beatriz sufría hacía ya un año las molestias de la reserva y la prudencia, su actitud no me sorprendió. En su lugar y con mi carácter, yo hubiera hecho lo mismo. Al verse contrariada de la ma-

nera más inocente, resolvió dar una campanada y prevenir la desgracia con otra mayor. Conti demostró una alegría que me afligió en extremo, y me dijo en medio de sus transportes:

»—Esto sí que es ser amado. ¡Qué pocas mujeres perderían así su honra, su fortuna y su consideración!

»—Sí, ella le ama á usted — le dije, — pero usted no la ama á ella.

»Al oír esto, Conti se puso furioso y peroró, y me describió su amor, diciéndome que nunca hubiera creído que se pudiese amar tanto como él amaba. Yo me mostré impasible y le presté el dinero que podía necesitar para aquel viaje que le cogía desprevenido. Beatriz dejó una carta para Rochefide, y partió al día siguiente para Italia, donde permaneció dos años, y de donde me escribió varias cartas llenas de amistosas palabras. La pobrecilla se ha unido á mí, considerándome como la única mujer que puede comprenderla, y, según dice, me adora. La necesidad de dinero obligó á escribir una ópera á Jenaro, el cual no encontró en Italia los recursos pecuniarios que encuentran en París los compositores.»

—He aquí la carta de Beatriz, que usted podrá comprender ahora, si es que á su edad se pueden analizar ya las cosas del corazón — dijo Felicidad tendiendo la carta á Calixto.

En este momento entró Claudio Viñón. Esta inesperada aparición contribuyó á que Calixto y Felicidad permanecieran silenciosos por unos momentos: ella por sorpresa, él por vaga inquietud. La frente ancha y espaciosa de aquel joven calvo á los treinta y siete años, parecía nublada por tristes pensamientos. Su boca inmóvil y seria expresaba su fría ironía. A pesar de las precoces degradaciones de su rostro hermoso en otro tiempo y lívido hoy, Claudio Viñón es imponente. Entre los diez y ocho y los veinte años, era casi el retrato del divino Rafael; pero su nariz, esa parte tan variable del rostro humano, se ha hecho puntiaguda; su fisonomía se ha desfigurado bajo la acción de misteriosas depresiones; los contornos han adquirido la plenitud del mal color, y los tonos plomizos dominan en su tez ajada, á pesar de que nadie conoce las fatigas de este joven, avejentado, sin duda, á causa de una amarga soledad y de los abusos de la comprensión. Este escritor escudriña el pensamiento ajeno, sin objeto ni sistema, y el pico de su crítica demole

siempre, sin construir nada; de manera, que su soledad es la soledad del obrero, y no la del arquitecto. Sus ojos, de un azul pálido, brillantes antaño, están hoy velados por penas desconocidas, ó empañados por taciturna tristeza. La crápula ha esfumado la parte inferior de sus cejas, comunicándole un tinte negruzco. Sus sienes han perdido la frescura. Su barba, de incomparable distinción, está hoy provista de sotabarba, que carece en absoluto de nobleza. Su voz, que era ya poco sonora, se ha debilitado, y sin estar extinguida ni enronquecida, fluctúa entre el enronquecimiento y la extinción. La impasibilidad de su hermosa cabeza y la fijeza de su mirada encubren una irresolución y una debilidad que se encarga de acusar su graciosa y burlesca sonrisa. Esta debilidad atañe únicamente á la acción, pero no al pensamiento, pues en aquella frente y en la actitud de aquel rostro infantil al par que soberbio, se ven las huellas de una complexión enciclopédica. Este hombre de elevada estatura está ya ligeramente encorvado como todos los que soportan un mundo de ideas. La energía continua y la actividad creadora no han sido nunca patrimonio de esos cuerpos grandes y largos. Carlomagno, Varsés, Belisario y Constantino son en este punto excepciones sumamente notables. Claudio Viñón ofrece indudablemente muchos misterios que adivinar. En primer lugar, es muy sencillo y á la par muy astuto, y aunque cae en los excesos con la facilidad de una cortesana, su pensamiento permanece inalterable. Su inteligencia, capaz de cultivar las artes, la ciencia, la literatura y la política, es incapaz de gobernar su vida exterior. Claudio se contempla en el campo de su reino intelectual y abandona su exterior con una indiferencia diogénica. Satisfecho de penetrarlo todo y de comprenderlo todo, desprecia las materialidades; pero, atacado por la duda cuando se trata de crear, ve los obstáculos sin que le maravillen las bellezas, y, á fuerza de discutir los medios, permanece con los brazos cruzados sin hacer nada. Este individuo es el turco de la inteligencia aletargado por la meditación. La crítica es su opio, y su harén de libros hechos le ha quitado el gusto para emprender nada. Indiferente lo mismo á las grandes cosas que á las pequeñas, se ve obligado á caer en la crápula por el peso mismo de su cabeza para abdicar durante algunos instantes del fatal poder de su omnipotente análisis. Se preocupa demasiado del reverso del genio, y por eso, Camilo

Maupín procuraba atraerle hacia el anverso. Esta labor era seductora. Claudio Viñón se creía tan gran político como gran escritor; pero este Maquiavelo inédito se ríe en su interior de los ambiciosos, sabe todo lo que puede, mide instintivamente su porvenir por sus facultades, se ve grande, contempla los obstáculos, penetra la estupidez de los advenedizos, se asusta ó se desanima y deja transcurrir el tiempo sin poner manos á la obra. Como Esteban Lousteau el folletínista, como Nathán el célebre autor dramático, y como Blondet el periodista, salió del seno de la burguesía, á la cual se debe la mayor parte de los grandes escritores.

—¿Por dónde ha venido usted?—le dijo la señorita de Touches enrojando de dicha ó de sorpresa.

—Por la puerta—respondió secamente Claudio Viñón.

—Ya sé que no es usted hombre capaz de entrar por la ventana—exclamó Felicidad encogiéndose de hombros.

—El escalamiento es una especie de cruz de honor para las mujeres amadas.

—¡Basta!—dijo Felicidad.

—¿Les molesto á ustedes?—preguntó Claudio Viñón.

—Caballero—dijo el sencillo Calixto,—esta carta...

—Guárdela usted, yo no pregunto nada; *á nuestra edad, esas cosas se comprenden*—dijo con aire burlón interrumpiendo á Calixto.

—Pero, caballero...—dijo Calixto indignado.

—Cálmese usted, joven. Tratándose de sentimientos, soy excesivamente indulgente.

—Calixto querido...—dijo Camilo deseando hablar.

—¿Querido?—repitió Viñón interrumpiéndola.

—Claudio bromea—continuó Felicidad dirigiéndose á Calixto,—y hace mal en obrar así con usted, que no conoce las bromas parisienses.

—Nunca he sabido que fuese yo bromista—replicó Viñón con aire grave.

—¿Por qué camino ha venido usted? Ha ya dos horas que no dejo de mirar en dirección del camino de Croisic.

—No miraría usted siempre—respondió Viñón.

—Está usted insoportable con sus bromas.

—¿Bromeo yo?

Calixto se levantó.

—No creo que esté usted tan mal aquí, para marcharse—le dijo Viñón.

—Al contrario—dijo el fogoso joven, á quien Camilo Maupín tendió la mano, que él besó en lugar de estrechar, depositando en ella una ardiente lágrima.

—Quisiera ser ese joven—exclamó el crítico sentándose y cogiendo el extremo de la pipa turca.—¿Cómo amaría!

—¡Demasiado! y así le ocurrirá que no le amarán á él—objetó la señorita de Touches.—¿Ya sabe usted que viene la señora de Rochefide?

—Bueno—dijo Claudio.—¿Con Conti?

—Conti la acompañará, pero se quedará sola.

—¿Hay tormenta?

—No.

—Tóqueme usted una sonata de Beethoven, pues no conozco la música que este maestro ha escrito para el piano.

Claudio se puso á cargar de tabaco turco la chimenea de la pipa, examinando á Camilo mucho más de lo que ella se figuraba. Un pensamiento horrible le ocupaba: creía ser juguete de una mujer de buena fe. Esta situación era nueva.

Calixto, al marcharse, no pensaba ya en Beatriz de Rochefide ni en la carta, sino que estaba furioso contra Claudio Viñón y compadecía á la pobre Felicidad. ¿Cómo ser amado por aquella sublime mujer y no adorarla de rodillas, prestando fe absoluta á una mirada ó á una sonrisa suya? Después de haber sido testigo privilegiado de los dolores que causaba la espera á Felicidad y de haberla visto volviendo continuamente la cabeza hacia Croisic, Calixto, ignorando, como había dicho Felicidad, las bromas á que suelen entregarse los burlones de la prensa, sentía deseos de aplastar á aquel espectro pálido y frío. Para el joven barón, el amor era una religión humana. Al ver á Calixto en el patio, su madre no pudo contener una exclamación de alegría, é inmediatamente la anciana señorita de Guenic silbó á Marieta.

—Marieta, ahí está el niño. Ponga usted comida para él.

—Ya le he visto, señorita—respondió la cocinera.

La madre, un poco inquieta al ver la tristeza que nublaba la frente de Calixto, y sin sospechar siquiera que era motivada por el pretendido mal tratamiento que Viñón había dado á Felicidad, reanudó su bordado; la anciana tía tomó su media, y el barón cedió el sofá á su hijo y se paseó por la sala como para estirar las piernas antes de ir á dar una vuelta por el jardín. Jamás cuadro flamenco ú holandés representó un interior de tonos tan oscuros como éste, ni

provisto de figuras tan armoniosamente suaves. Aquel hermoso joven, vestido de terciopelo negro; aquella madre tan hermosa aún, y aquellos dos ancianos, encerrados en aquella sala antigua, eran la imagen de las más conmovedoras armonías domésticas. Bien hubiese querido Fanny interrogar á Calixto; pero éste acababa de sacar de su bolsillo aquella carta de Beatriz, que, sin duda, iba á destruir por completo la dicha de aquella noble familia. Al desplegarla, la viva imaginación de Calixto le representó á la marquesa vestida tal como Camilo Maupin se la había descrito fantásticamente.

UNIVERSITY OF MICHIGAN
BIBLIOTECA
CARTA DE BEATRIZ A FELICIDAD

«Génova 2 de julio.

Querido amigo. No le he escrito á usted desde nuestra salida de Florencia; pero Venecia y Roma me han robado muchas horas, y usted sabe perfectamente que la dicha distrae mucho tiempo de la vida. Ni una ni otra hemos de fijarnos en carta más ó en carta menos. Estoy un poco cansada. He querido verlo todo, y cuando se posee un alma difícil de saciar, la repetición de los goces produce cansancio. Nuestro amigo ha obtenido hermosos triunfos en la Scala de Milán, en la Fenicia, y estos últimos días en San Carlos. ¡Tres óperas italianas en dos años! No dirá usted que el amor vuelve á la gente perezosa. Hemos recibido admirable acogida en todas partes. Pero yo hubiese preferido el silencio y la soledad; porque, ¿no es esta la única manera de ser que conviene á mujeres que están en oposición directa con el mundo? Yo creía que hubiese ocurrido así; pero el amor, querida mía, es un amo más exigente que el matrimonio, aunque ¡es tan grato obedecerle! Después de haber amado toda mi vida, no sabía yo que había de ser necesario volver al mundo, ni aun á intervalos, y los cuidados que éste me prodigó han sido para mí otras tantas heridas, porque veía que yo no estaba ya á la altura de las mujeres más distinguidas. Cuantas más consideraciones me guardaron, más odiosa me parecía mi infidelidad. Jenaro no ha comprendido esto; pero como le veía tan feliz, no he querido dejar de inmolar mis pequeñas vanidades por una cosa tan grande como la vida de un artista. Nosotras no vivimos más que para el

amor, mientras que los hombres viven para el amor y para la dicha, pues de otro modo no serían hombres. Sin embargo, para nosotras las mujeres existen grandes desventajas en la posición que yo ocupó hoy y que usted supo evitar, permaneciendo grande á la faz del mundo, el cual no tenía derecho alguno á pedirle cuentas: usted había conservado su libre albedrío, mientras que yo no tengo el mío. No hablo de esto más que por lo que afecta á las cosas del corazón, y no á las cosas sociales, de las cuales me he propuesto hacer caso omiso. Usted puede ser coqueta y voluntariosa y tener todas las gracias de la mujer que ama y que puede concederle todo ó negarle todo á su capricho. En una palabra, hoy usted posee aún su propio voto; yo no dispongo ya de la libertad de mi corazón, que tanto me ha gustado siempre ejercer en cuestiones de amor, aunque la pasión sea eterna. Yo no tengo ya ese derecho á reñir riendo, derecho de que tanto y con tanta razón nos gusta usar, porque, ¿no es la sonda con que interrogamos al corazón? Yo no puedo hacer una amenaza; tengo que sacar todos mis atractivos de una obediencia y de un amor ilimitados y tengo que imponerme con la grandeza de mi amor; sin embargo, preferiría morir á separarme de Jenaro, pues mi perdón estriba precisamente en la santidad de mi pasión. Si tengo algunas penas, semejantes á esas nubes que manchan los cielos más puros, y á las que nosotras las mujeres gustamos entregarnos, me las callo, para que no las tome por arrepentimiento. ¡Dios mío! he comprendido tan bien la extensión de mis obligaciones, que me he armado de completa indulgencia; pero hasta ahora, Jenaro no me ha dado motivo alguno para que se despierten mis susceptibles celos. En fin, no veo por qué medio ni razón podría abandonarme este hermoso y querido genio. Angel mío, en este momento me parezco un tanto á esos devotos que discuten con su Dios, porque, ¿no es á usted á quien debo mi dicha? Por este motivo, no puede imaginarse lo mucho que la recuerdo. He visto Italia como la ha visto usted, como se debe ver, iluminada nuestra alma por el amor, como lo está aquella nación por su hermoso sol y por sus obras de arte maestras. Compadezco á los que, excitados incesantemente por las adoraciones que este país reclama á cada paso, no tienen una mano que estrechar ó un corazón donde depositar la exuberancia de sus emociones, que se calman aquí agrandándose. Estos dos años son para